

CORREO DE XEREZ,

DEL DOMINGO 14 DE SEPTIEMBRE

DE 1800.

*Sigue la carta respuesta*

AL APLICADO.

De ningun modo se dexé llevar el Médico de alguno de los dos opuestos partidos, que hay en punto de sangrias en las epidemias, unos por ilacion de su sistema, otros por solo un género de casos que se le presentaron, instituyeron métodos para todos: así lo hicieron Pedro de Castro y Leonardo Betallo porque en una constitucion epidémica que manejaron les probó bien, y están tan audaces en persuadirla, que le dan el epiteto de remedio divino en toda epidemia: otros la vituperan, porque así lo deducen de su sistema, como los Helmoncianos, Cartesianos y

y algunos Chímicos, todos proceden mal y á ninguno se debe seguir. Apenas se ve una epidemia parecida á otra; lo que en una daña, en otra aprovecha; y aun dentro de la misma constitucion hay variaciones: en unas al principio quando comienza son favorables las sangrias, y mas adelantada la epidemia ya son perniciosas. En la historia de las enfermedades epidémicas, que escribieron los Médicos de Breslau, dicen estos sábios y juiciosos Profesores hablando de la epidemia maligna que se padeció en el año de 1702, que habiendo asistido á los enfermos con toda la atencion y cuidado posible, habian conocido quan vanamente suele el Arte de la Medicina esperar con sus remedios sacar del cuerpo la causa de la enfermedad; pero que despues de haber pensado en ello seriamente, comprehendieron que en los principios de las calenturas epidémicas ha de socorrerse á la naturaleza con sangrias.

Dicta pues, la prudencia Médica el sacar sangre (quando todavia no se ha experimentado el genio de la epidemia) si el sugeto es mozo y robusto, ó si se han detenido algunas evacuaciones periódicas de sangre, ó si estando habituado á sangrarse, dexó de hacerlo sin haber mudado de vida. Si estas cir-

cunstancias faltan, de ningun modo se piense en las sangrias. Si introducida ya y examinada la epidemia, se nota que ofende la sangria, ni aun existiendo aquellas indicaciones se sangre al enfermo: y lo mismo debe tenerse presente si aunque falten, se observa que la constitucion se aviene bien con la evacuacion de sangre; porque entónces este es el verdadero Norte, lo que daña y lo que aprovecha. Esta es la única regla para la administracion de este auxilio, y no hay otra.

Los vomitivos tienen tambien á su favor muchos y graves autores, y no pocos en contra, estos dicen que si la causa de la epidemia emplea su actividad y malicia en el estómago conveliéndolo é irritándolo, como indicarán las nauceas y vómitos, será aumentar los estímulos é irritaciones aplicarlos al principio, siendo mas conveniente permitirlo, ó ayudarlo, si la naturaleza lo mueve, con dilucion abundante de mucha agua comun tibia; los que están á favor del emético dicen, que en la constitucion epidémica es muy saludable el vomitivo, fundados en favorables experimentos y en una razon adecuada, y consiste en que introduciéndose el miasma pestífero entre el ambiente, que necesariamente se respira, por la saliva al estómago, por

el qual se vicia luego aquella entraña, y de ella el chilo, y demas humores, es muy regular procurar desde luego extraher las materias viciadas que ya subsisten en el estómago. Sidenham tenia de costumbre dar el vomitivo en los principios de las epidemias, y pondera que de omitirse se seguian grandes inconvenientes, en especial una diarrea que causaba mucha molestia durante toda la enfermedad; y añade que se maravillaba de ver, que siendo muy poco el humor que arrojaban, era muy grande el alivio que experimentaban los enfermos. Hoffman creyendo que en el intestino duodeno se recoge mucha copia de humores biliosos, juzga que es necesario el vomito para echarlos fuera del cuerpo (*Hoffman disert. de intest. duod. plurium morb. sede.*

Próspero Marciano dice, que la evacuacion del vomitivo en los principios de las grandes enfermedades no embaraza las crises, que la naturaleza ha de hacer en ellas. Lo cierto es que Hipócrates usaba mas familiarmente de vomitivos que de purgas; estas son sus palabras: *Quando se derrama por el cuerpo un humor amargo, que llamamos cólera amarilla ¡qué ansias, ardores y fatigas no se excitan! Y los que tienen la cólera punzante,*

acre, y de color de cardenillo, qué rabia, qué mordimientos en las entrañas y en el pecho, y que desesperacion no padecen! Pero luego que quedan libres de estas cóleras, ó ya sea porque la misma naturaleza las arroja vomitándolas, ó ya se baga esto con medicinas, manifestamente se alivian de todos estos males. Hipocr. de vet. Medic. n. 34.

Mas sin embargo de estas autoridades y razones, es menester usar de este medicamento muy luego, ántes que el estómago haya adquirido vicio inflamatorio, porque entonces seria echar á perder el suceso; tambien debe observar el Médico muchas circunstancias para que no haga daño. Las reglas generales que hay para esto, sacadas de Hipócrates y de otros prácticos, como el que no se de vomitivo á los que echan sangre por la boca, á los que padecen quebraduras, y á los que hay peligro de rompérseles alguna arteria, ó vena, las omito porque todos las saben; lo que si se debe advertir es que suele suceder en algunas calenturas epidémicas hallarse el vientre y estómago con alguna tension spasmódica, y debe quitarse ántes de dar el vomitivo, porque consta por la experiencia que dándose medicina para vomitar, habiendo tension en los hipocondrios, no so-

lo no vomitan los enfermos, sino que hacen esfuerzos inútiles, y tras de ellos se suelen seguir las convulsiones.

Con todas estas cautelas se debe usar del vomitivo, y yo no me valdria de los anti-moniales como el tártaro y el vino emético, pues de este dice Geofroy (a) que su preparacion no es la mas segura. En su lugar puede darse la hipecacuana, en la cantidad que al Médico le parezca conveniente, mezclándola ya sea con caldo, ó con agua. Si el ardor y la irritacion fuesen muy grandes, se puede hacer vomitar con el aceyte de almendras dulces sacado sin fuego, mezclado con bastante agua tibia para que haga vomitar. El agua de cebada tibia con oximiél y aceyte de almendras dulces hará vomitar con mucha suavidad.

Se continuará.

M O R A L.

Son vanos todos los esfuerzos que los hombres oponen para huir del destino.

¡Qué orgullo, qué insensatez es la que os conduce, hombres, para pretender escusaros

(a) Materia Médica part. 1. sect. 6. cap. 2.

de los superiores decretos de vuestro Criador? ¿quereis castigaros por vuestra soberbia? ¿ó acaso superan con vuestra debilidad un poder infinito? ¿no veis que aquel de cuyo advitrio depende el trastorno del Universo, si no os arruina es por efecto de su piedad? ¿podréis conservaros, si por su juicio impenetrable tiene decidida vuestra destruccion?... Oid:

Eschilo, aquel protector de las tragedias, que las adelantó, que inventó las máscaras, los disfrases, la sublime eloqüencia, llega á fixar la idea de que el ha de tener tambien un fin trágico. Amanece un día sereno y apacible, no tiene enemigos, parece que nada debe temer contra su conservacion, no obstante este interior presagio de su muerte próxima, lo atormenta, quiere evitarla, sale al campo, se separa de los hombres y de las bestias, pasea por una llanura, y dice: ¿Aquí á quién temeré?

Un aguilá desea comer un galápago, y lo eleva, segun la costumbre de estos animales, para arrojarlo desde lo alto y que se rompa de este modo la concha que lo cubre. En efecto lo dexa caer, y Eschilo lo recibe sobre su cabeza totalmente calva, le hunde el craneo y muere. *Se continuará.*

Sigue la lista de Sres. Subscriptores.

Don Joseph Villavicencio , Ventiquatro de este Ilustre Ayuntamiento.

Don Juan Izquierdo , Maestrante de Ronda.

Don Antonio Abad Romano.

Don Juan Mosley , del Comercio.

Don Jacinto Gutierrez , Presbítero.

Don Alvaro María Guerrero.

Don Santiago Paredes , Jurado de este Ilustre Ayuntamiento.

Doña María de la Concepcion Escalante.

Don Francico Pizarro.

Sres. Martinez y Compañía.

Don Miguel de la Torre.

Don Antonio Joseph Aranda , Abogado de los Reales Consejos.

Don Juan Tichere.

Don Gerónimo de la Peña.

Don Juan Carmona.

Don Luis Gonzalez.

Don Teodoro Val , Presbítero.

Don Nicolas Gallardo.

Don Juan Francisco Sestelo.

Don Manuel Diaz de la Peña.

Se continuará.